

# La Libertad en la Pintura de Portinari

El otro signo anotado del destino del arte nuevo lo definimos como una total y eufórica libertad de expresión. El enlace de los dos adjetivos, "total y eufórica", define claramente el sentido de esta disciplina artística. Total, decimos, porque el plástico moderno debe conocer y haber "sufrido" todas las experiencias de la pintura histórica, desde los días primeros hasta esta misma hora de confusión y osadía. Debe conocerlas y haberlas "sufrido" porque creemos que sólo viéndolas intensamente pueden dejar el sedimento útil que sirva después para enriquecer la creación del artista. No vale tomar una época, como lo toman algunos pintores modernos, para crear la cosa tocada de primitivismo, y aportar "une nouvelle trisson" al grupo cansado de los insatisfechos de última hora. No vale hacer arte negro, arte pompeyano, arte japonés, arte rafaelesco, que todas esas tentativas mueren recién nacidas. Vale arrancar de todas las experiencias plásticas un caudal de recursos para que el cuadro — una máquina para emociones, según el léxico moderno — triunfe con los pocos medios que tiene a su alcance: unas masas de color, y unos pinceles.

Portinari en su cuadro "la primera misa" nos muestra ese esfuerzo de su libertad de técnica. Desde un sentido claro de composición renacentista — véase la serie de sus bocetos preliminares — hasta el juego de planos geométricos que cruzan toda la composición, ha trabajado con todas las conquistas de la plástica. Allí están, como en un eco de viejas pinturas los grandes muralistas italianos: allí se siente la simplicidad de un Giotto; allí se acuerda la sucesión de verticales de un Paolo Uccello; allí vive un Rafael suntoso y ordenador. Pero junto a esa sugestión velada del pasado, se siente la calidad del impresionismo en la disposición de ciertos verdes, azules y violetas leves; una fuerza que deriva del expresionismo en ciertos rostros y manos retorciendo su fe en el instante del rezo; un hábito de surrealismo en la expresión descarnada de ciertos grupos de monjes, que van como aparecidos; y toda la tela se conjuga con un enlazamiento de planos más claros o más oscuros que sólo podemos emparentar con las fórmulas cubistas.

Sabemos ya que el solo mencionar este aporte de tan dispares escuelas hará pensar a los "snobs" que el mural de Portinari cae en el galimatías plástico. No es así. Triunfa con una fuerza inédita, nos muestra como un teorema plástico, que sólo en esa desatada libertad podrá traducir el artista nuevo, todo el caudal de sus sueños.

Fué por eso que hablamos — y recalcamos — lo de las influencias "sufridas". Expe-

riencias tamizadas a través del propio sentir y que al volverse cosa propia, vida propia, puedan darse en la expresión estética sin que ésta amengue — al contrario — su propio sentido personal.

Pero dijimos también eufórica libertad. Vale decir una libertad que se ejerce en un terreno de calor, de fuerza, de alegría y de vitalidad creadora. Una libertad que empuja incesantemente al artista a darse al drama lúcido de la creación.

Si comparamos la incierta obra moderna con las grandes épocas creadoras nos encontraremos con que en nuestros días agitados, que se acusan por la velocidad del ritmo vital, se traducen paradójicamente por una lentitud extrema en la creación plástica. Si tomamos a un Rafael, un Tintoretto, un Veronese en el Sur, a un Rubens, un Rembrandt o un Franz Hals en el Norte, nos abruman ver la continua, enorme y potente creación que parecería no caber en una vida humana. Miremos cerca nuestro. Allí están las pequeñas telas de Matisse y las más pequeñas de Braque, casi del valor de apuntes, dándose uno o dos por año. Picasso, más fecundo, tampoco crea en la abundancia. Y los otros menos célebres de los cenáculos modernos, siguen el mismo paso de lentitud. Y es que esta creación no nace en ese alumbramiento gozoso, férvido, desatado, que lo lleva al artista a dar y a dar de sí, en continuo canto. Las dudas, que acuden en tropel, paralizan la creación incipiente. Y después el temor de desviarse del camino perdiendo el prestigio — mejor dicho, la cotización — alcanzando con tanto esfuerzo.

Y sin embargo el artista que se quema en su fuego sagrado no puede aceptar frenos ni dudas. Debe crear con fe, por impulso interno para traducir sus verdades sin trabas ni temores. Los racimos de su viña no serán todos del mismo jugo. Pero el alba y la noche ven despierto su estro creador. Y como sostén del proceso ese estado eufórico del espíritu volando por lo alto en todos los sueños.

Portinari, cuya obra total no conocemos, traduce en su pintura esta creación eufórica. En pocos meses de su nueva residencia ha realizado obras que otros reclamarían años para pintar. Y la sala grande de la Comisión de Bellas Artes se mostró en un conjunto de bocetos y de dibujos que denunciaban su brío creador. Su imaginación siempre despierta lo llama para el trabajo continuo en la alegría. El muro lo tienta para sus audacias técnicas. Y entonces todas sus vividas experiencias, tan suyas, tan encarnadas, lo incitan y lo vuelcan en ese sublime estado de la creación múltiple y gozosa en que han vivido siempre los grandes creadores.